

ENSAYO*

LA CULTURA EN LA CATALUÑA ACTUAL

— Por Román Gubern —

Román Gubern es Catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha trabajado como investigador invitado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y como profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Angeles) y en el Instituto Tecnológico de California.



Es sabido que Cataluña, junto con el País Vasco, constituyó la vanguardia de la Revolución Industrial en España, basada esencialmente en la industria textil. Esta evolución histórica privilegiada, sincrónica con la de otros países avanzados de Europa central y septentrional, explica muchas asimetrías socioculturales que pueden detectarse sin esfuerzo entre Cataluña y el resto de la península. En Cataluña se formó, a lo largo del siglo XIX, una burguesía ilustrada, culta, liberal y europeísta, especialmente conectada con las corrientes culturales francesas y alemanas, que fundó en 1847 el Teatro de ópera del Liceo, promovió la creación de conjuntos corales, hizo de Barcelona el primer centro de la industria editorial española e impulsó la investigación vanguardista en arquitectura, en un ciclo que iría desde la originalísima versión mística y organicista del *art nouveau* por parte de Gaudí,

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonomías».

En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Albacete; *La cultura murciana en la España de las Autonomías*, por María Teresa Pérez Picazo, catedrática de Historia en Murcia; *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, por Manuel de las Rivas,

hasta las avanzadas experiencias de racionalismo y de funcionalismo durante el período de la Segunda República. Esta sintonía de Cataluña con la modernidad europea autorizaría recientemente al filósofo Eugenio Trías a acuñar la metáfora de Cataluña-ciudad, entendida como el gran núcleo urbano, cosmopolita y culto de una península definida genéricamente por una economía menos desarrollada, por estructuras sociales más arcaicas y por una concepción más provinciana de la vida. Simplificando las cosas, y según tal metáfora, Cataluña sería la ciudad del extenso territorio agrario español.

Estos condicionamientos históricos y esta base sociológica constituyen, junto con su identidad lingüística diferenciada, los elementos clave para entender la personalidad distintiva de Cataluña. Nos hemos referido a la identidad lingüística de Cataluña y en este punto es menester recordar que tal factor es mucho más determinante que en el País Vasco, en donde en el conjunto de su población forma una minoría la que domina el euskera. El catalán, en cambio, lengua neolatina o románica de raíces y estructuras mucho menos exóticas, es una lengua dominada mayoritariamente por la población catalana, incluyendo al importante contingente inmigrante que, si no siempre la habla, por lo menos casi siempre la entiende. El catalán ofrece, por otra parte, mayor vitalidad que otros idiomas minoritarios de España, pues su mapa lingüístico es más extenso, abarcando a Valencia, a las islas Baleares y al Rosellón francés, principalmente. Este mayor soporte territorial implica una mayor dimensión demográfica, lo que ha tenido también su lógico reflejo en el volumen y calidad de la productividad cultural en este idioma. Respecto a la cuestión lingüística en el plan de la creación literaria habremos de volver más adelante.

▷ profesor de Enseñanza Media y crítico literario; *La cultura en Aragón*, por José Carlos Mainer, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza; *Las Islas Canarias: una litigiosa identidad cultural*, por Domingo Pérez Minik, escritor y crítico literario; *Conflicto y actualidad de la cultura valenciana*, por Ricardo Bellveser, crítico literario; *Panorámica de la cultura gallega*, por Domingo García-Sabell, Presidente de la Real Academia Gallega; *La cultura en el Principado de Asturias*, por Emilio Alarcos Llorach, catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo; *Las coordenadas culturales de Cantabria*, por Francisco-Ignacio de Cáceres y Blanco, catedrático excedente de Geografía e Historia; *La cultura en Navarra*, por Jesús Martínez Torres, periodista y licenciado en Filosofía y Letras; *Castilla y León: hacia la superación de un mito cultural*, por Víctor García de la Concha, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Salamanca; *Aproximación a la cultura extremeña*, por Manuel Terrón Albarrán, académico y Secretario Perpetuo de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes; y *La cultura en Madrid*, por Andrés Amorós, catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

Sin remontarnos a antecedentes históricos remotos o pormenorizados, que no son del caso en un artículo como el presente, podemos recordar que uno de los puntos de partida de la conciencia catalana —conciencia histórica y cultural— en la edad moderna se produjo con la aparición, en el seno de la burguesía rural decimonónica, del político Enric Prat de la Riba. Prat de la Riba fue fundador del partido Lliga Regionalista (1901) y escribió el importante libro *La nacionalidad catalana* (1906), compendio y manifiesto fundacional del catalanismo conservador, basado en los supuestos de la historiografía romántica. Prat de la Riba llegaría a ser en 1914 fundador y presidente de la Mancomunidad de Cataluña, organismo representativo de toda la región catalana, formado por la unión administrativa de sus cuatro provincias, y que suele ser valorado como un antecedente inmediato de la Generalidad catalana (o gobierno autónomo) en la época contemporánea. Jordi Solé Tura ha valorado en sus justos límites, en un estudio pionero y famoso (*Catalanismo y revolución burguesa*), la significación conservadora de Prat de la Riba, sin subestimar las realizaciones prácticas valiosas que llevó a cabo la Mancomunidad catalana. En el polo opuesto del espectro político habría que situar al catalanismo del movimiento sindical, con importantes componentes libertarios, que tuvo también su reflejo en la cultura popular catalana de la época, en el campo de los espectáculos teatrales, de la canción, de la literatura de folletín, etc. En base a esta dicotomía cultural pudo escribir Angel Carmona su estimulante ensayo titulado *Dos Cataluñas*.

La pujanza cultural catalana en todos los planos, durante el período de la Segunda República española y de la Generalidad restaurada, se vio brutalmente decapitada por la victoria del bando franquista en 1939. Es sabido que la guerra civil constituyó una históricamente atípica victoria de la España rural y arcaica sobre la España urbana, industrial y moderna. No es cosa de hacer aquí un balance de la represión política y cultural consiguiente, que se manifestó en Cataluña en forma de fusilamientos, encarcelamientos, exilios, clausura de instituciones y prohibiciones sin cuento. Contra viento y marea, la resistencia cultural catalana se manifestó de formas muy diversas y tenaces. Desde las actividades más o menos catacumbísticas de instituciones como el *Omnium Cultural* o el *Institut d'Estudis Catalans*, hasta la progresiva creación de editoriales de libros en lengua catalana (sobre todo desde la «apertura» censora de Fraga Iribarne, en 1962, al frente del Ministerio de Información y Turismo), pasando por el

eruptivo movimiento poético-musical de la *Nova Cançó* (*Nueva Canción*). Con la desaparición de la dictadura, desde 1976 se inició un laborioso proceso de «normalización» lingüística y cultural, en el que los valores testimoniales y cívicos que en una época resistencialista podían justificar cualquier iniciativa cultural, fueron perdiendo peso en favor de criterios de estimación estética más objetivos y más desapasionados.

En el nuevo contexto político de la Cataluña actual, el debate cultural ha sido relanzado con fuerza. Baste leer las densas ponencias que componen el libro *Reflexiones críticas sobre la cultura catalana* (1983) y que fueron leídas originalmente en 1982 en el marco de unas jornadas organizadas por la Generalidad de Cataluña. Autores del peso y de la significación de Pierre Vilar, Joan Triadú, J. Ferrater Mora, J. M. Castellet, Joaquim Molas, Xavier Rubert de Ventós, Miquel Tarradell, Josep Termes y Joan Fuster expusieron una gama diversísima de opiniones y apreciaciones sobre la cultura catalana, que deshicieron cualquier sospecha de monolitismo y aportaron la comprobación de que si a algo se parece hoy la cultura catalana, ante todo se parece a un poliedro de facetas multicoloreadas, a veces ofreciendo violentísimos contrastes.

Muchos son los grandes enfoques y visiones que problematizan a la cultura en la Cataluña actual. Así, por ejemplo, se ha podido oponer polémicamente una visión endogámica de la cultura catalana, orientada hacia un tradicionalismo conservador y nostálgico de tintes ruralistas, a una visión exogámica, de vocación cosmopolita y vanguardista, espoleada por los intercambios culturales y haciendo frente a los retos de la sociedad postindustrial. Es fácil ironizar sobre este tosco esquematismo bipolar, pero es cierto que existen, más matizadas que en nuestra simplificadora exposición, una postura que mira la tradición y vela, ante todo, por los purismos defensivos, mientras otra tiende a mirar por encima de las fronteras geográficas de Cataluña e incluso de España y de Europa. Existen otras matizaciones y distinguos no menos importantes, además del tradicional debate entre cultura de élite y cultura populista, con todas sus implicaciones. El respetado historiador francés Pierre Vilar, gran autoridad en historia catalana, ha lanzado, por ejemplo, a la palestra el tema, a veces crispado, de la identidad homogénea o híbrida de la cultura en la Cataluña actual, formulando la pregunta de si debe hablarse hoy con propiedad de *cultura catalana* o de *cultura en Cataluña*. La pregunta está cargada de graves implicaciones y ha sido formu-

lada en un momento histórico muy oportuno. Porque algunos catalanes del *establishment* cultural que admiten, con perfecta legitimidad, que escritores como Salvador Espriu, Carles Riba o Manuel de Pedrolo, que han producido su obra en lengua catalana, son miembros de pleno derecho de la cultura catalana, regatean o niegan en cambio tal pertenencia a Juan Marsé, Vázquez Montalbán, Francisco Candel, Jaime Gil de Biedma, Eugenio Triás o Luis Goytisolo, porque escriben en castellano. Pese a ello, resulta difícil calificar a Juan Marsé, con el instrumento idiomático tan híbrido y tan típicamente barcelonés de sus novelas, como novelista de otro territorio peninsular. Si Marsé o Candel no son novelistas catalanes, ¿de dónde serían? La respuesta más precisa consiste en calificarles como escritores catalanes de expresión castellana, sin que la segunda condición niegue la primera.

En grandes sociedades multirraciales y plurilingüísticas, como la de los Estados Unidos de América, este asunto de la identidad cultural está zanjado y clarificado desde hace muchos años. Allí nadie duda que los portorriqueños de Nueva York, los chicanos de Los Angeles o los indios navajos forman parte integrante del mosaico de la cultura estadounidense, a pesar de sus diversas expresiones lingüísticas. Cuando en los festivales internacionales de cine se presentan películas realizadas en aquel país por grupos portorriqueños, chicanos u orientales, nadie duda en colocarles la etiqueta identificadora de producción estadounidense. Como ocurre con el cine belga, tanto si está hablado en francés o en flamenco, o con el suizo, ya sea en francés, alemán o italiano. En todos estos casos el principio de la exclusión sectaria ha sido superado afortunadamente por el principio de la integración enriquecedora.

El carácter artificioso de ciertos purismos culturales exacerbados se demuestra en cuanto el test de identidad se intenta aplicar a producciones culturales extraverbales. ¿Qué criterios nos hacen tener por pintura catalana la de Tàpies, la de Cuixart y la de Miró, como no sean los de la territorialidad de sus autores? ¿O por qué los compases musicales de Montsalvatge, de Valls o de Guinjoan son catalanes, sino porque sus autores lo son? Y lo mismo podríamos decir del arquitecto, del escultor, del mimo, del fotógrafo, del diseñador, del modisto, del grafista o del joyero, prescindiendo de la lengua que hablan en su ámbito familiar o en la calle. Al fin y al cabo el ser cultural no se reduce sólo al *homo loquens*. El problema de la identidad cultural catalana —como ocurre en otros países de idiomas minoritarios, como

Dinamarca u Holanda— en un final de siglo dominado por la hegemonía lingüística del angloamericano, fecundado por la circulación de una información ubicua, hibridizado por la vecindad con los idiomas castellano y francés, barrido por los flujos procedentes de satélites de telecomunicaciones transnacionales y enmarcado por las industrias culturales que presionan para homogeneizar sus mercados estatales e incluso continentales, debería contemplarse críticamente, pero con criterios a la vez amplios e integradores, y no con excluyentes criterios estancos basados en el resistencialismo a ultranza. Con criterios que tuvieran en cuenta las complejas realidades sociológicas, que son las que configuran el devenir de las lenguas a lo largo de la historia, más que con criterios museísticos o nostálgicos. Con criterios que, a la vez que protegen y potencian un respetabilísimo patrimonio lingüístico multiseccular, no lo hacen con una política basada en el anatema ni en la excomunión de los herejes culturales.

De lo dicho puede colegirse que uno de los territorios más dinámicos y polémicos de la nueva cultura catalana se halla incardinado en el campo de la literatura, que es el arte de la lengua por excelencia. Los fallecimientos recientes de figuras cimeras, como la de Josep Pla, maestro de la prosa, de Mercè Rodoreda, novelista insigne que será siempre recordada por *La Plaça del Diamant*, del poeta y dramaturgo excepcional que fue Salvador Espriu, además del gran lírico Joan Vinyoli, han proyectado una cierta impresión de orfandad en las letras catalanas. No obstante, permanecen todavía con vida dos viejos maestros del arte poético, J. V. Foix, procedente de las vanguardias históricas de entreguerras, y Joan Oliver (*Pere Quart*), cuya vitalidad está insuflada por un vigoroso y saludable espíritu libertario y transgresor. Son los últimos representantes de la gran poesía catalana, de la poesía de gran aliento y de raíces profundas, cuyas calidades muy difícilmente podrán volver a repetirse. También tributaria tardía de la vanguardia dadaísta y surrealista es la obra poética y escenificada de Joan Brossa, quien ha cultivado desde la poesía visual hasta las *performances* dislocadas, como su espectáculo organizado en la Fundación Miró, en el verano de 1982, con bailarinas sin piernas. Acaso la proyección más popular y extendida de la poesía catalana se halle hoy en el ámbito de la canción (Lluís Llach, Joan Manuel Serrat, Raimon, María del Mar Bonet, etc.).

La novela, como género literario más fácilmente comercializable, ha conocido un lugar importante en la industria editorial

catalana que, como antes se dijo, constituye por su volumen la primera de España. De su caudal de textos, en 1984 podía estimarse que se editaban 2.500 títulos anuales en lengua catalana. En este renglón, la política proteccionista de la Generalidad ha rendido sus frutos. Según la actual normativa, de marzo de 1985, la Generalidad compra 300 ejemplares de cada uno de los títulos editados en catalán y cuyo precio de venta no supere las 2.000 pesetas. En el caso de los libros que cuestan entre las 2.000 y las 4.000 pesetas, la Generalidad adquiere 200 ejemplares.

La novela y la narrativa en general (cuentos, relatos, etc.), como acabamos de señalar, constituyen los productos literarios más abundantes y más fácilmente comercializables. En este campo ha seguido trabajando el veterano Manuel de Pedrolo, quien con su consumada perfección técnica en el género de la intriga criminal ha desbaratado la distinción tradicional entre literatura culta y literatura popular, demostrando la falacia de las jerarquías literarias tópicas, pues no hay género menor y todo supuesto género menor es susceptible de dignificación literaria. También abundante es la producción de la veterana María Aurelia Capmany, diversificada en todos los géneros, desde el ensayo al teatro pasando por la narrativa. La dedicación de la autora a las tareas de administración cultural del municipio barcelonés en los últimos tiempos ha afectado, como es lógico, al ritmo de su productividad literaria.

La literatura catalana del postfranquismo y de la democracia ha tenido que afrontar una situación sociopolítica nueva, la etapa que puede calificarse de postresistencia, más cómoda por la desaparición de las censuras oficiales, pero más incierta por la crisis ideológica, por el desencanto, por la falta de directrices seguras y por la recuperación de criterios literarios estrictos en la estimación del valor de las obras. En esta nueva y compleja situación, las alternativas se han diversificado, desde el intimismo a la crónica social. Un gran componente de crónica sociohistórica tienen, por ejemplo, las novelas de Víctor Mora, el autor de *Los plátanos de Barcelona* y de *París flash-back*, ambientada ésta en la revuelta de mayo del 68 en Francia. Registros más fluidos son observables en la obra del mallorquín afincado en Barcelona Baltasar Porcel, autor de *Los argonautas*, y sobre todo en el poeta y ahora novelista Pere Gimferrer. Poeta preciosista y barroco, Pere Gimferrer ofreció una obra maestra en su primera y original novela biográfica *Fortuny*, inspirada en la figura de este pintor y escenógrafo y

escrita con un lenguaje de trabajada orfebrería. Otro escritor, ensayista en este caso, que se ha revelado también recientemente como novelista en lengua catalana ha sido Lluís Racionero. Y si es posible referirse a una específica sensibilidad femenina en el arte narrativo y en la producción novelesca, estos calificativos resultarían pertinentes para calibrar la importante producción de Montserrat Roig, autora de *La hora violeta*, y de Carme Riera, que alcanzó celebridad con *Te dejaré el mar en prenda*. En lengua castellana se ha revelado en los últimos años la obra muy personal de Esther Tusquets.

Terenci Moix, el que fuera en los años sesenta *enfant terrible* de la cultura catalana por sus planteamientos morales innovadores y a veces hasta revulsivos, ha producido una abundante obra de narrativa, teatro y ensayo, generada en catalán y en castellano. En 1985 ha editado en castellano su libro *Amami Alfredo (Polvo de estrellas)*, novela mitómana y esperpéntica con resonancias dislocadas de Jardiel Poncela y protagonizada por una cantante de ópera. En la producción en lengua castellana han descollado también Manuel Vázquez Montalbán, Juan Marsé, Luis Goytisolo y Francisco Candel. La personalidad polifacética de Vázquez Montalbán abarca el periodismo, el ensayo, la poesía, los libros de gastronomía y la novela. En el mundo de la ficción narrativa dio vida al singular detective gallego Pepe Carvalho, un desencantado ex-agente de la CIA que ha sido protagonista de una saga antiheroica modelada sobre la gran tradición de la novela policiaca negra estadounidense. Algunos de los títulos de esta saga han inspirado películas (como *Tatuaje*, de Bigas Luna, y *Asesinato en el Comité Central*, de Vicente Aranda), todas han sido repetidamente reeditadas y hasta traducidas a diversos idiomas. En el mismo género negro se ha inscrito la interesante producción de Andreu Martín, un autor procedente del campo del cómic.

Juan Marsé, veterano novelista que había ofrecido con éxito un buen testimonio de la Barcelona de la posguerra, de la vida en los barrios periféricos de esta ciudad y de la juventud estudiantil y burguesa de los años cincuenta, ha seguido produciendo sus veraces crónicas sobre la colorista y variopinta sociedad barcelonesa, con especial fortuna en el retrato de sus tipos populares y hasta marginales. Esta veta inspiradora ha conducido a sus últimos éxitos conseguidos con *Un día volveré* y *La ronda del Guinardó*. Una inspiración populista asumida con todas sus consecuencias ha definido también a la obra narrativa de Francisco

Candel, hombre de barrio convertido en tráfuga del senado español durante una legislatura.

En el campo de la poesía de expresión castellana es imposible silenciar la obra tan valiosa como parca de Jaime Gil de Biedma y la de José María Valverde. La lista de escritores catalanes en activo se haría interminable si abordásemos pormenorizadamente los campos del ensayo, de la investigación científica, del pensamiento y de las memorias. A título tan sólo indicativo recordemos la aportación a la crítica literaria de Josep María Castellet, que ha estudiado con rigor la producción de Josep Pla, los trabajos de lingüística de Sebastià Serrano, la investigación sociolingüística de Francesc Vallverdú, la reflexión filosófica y política de Manuel Sacristán, que en los últimos años trocó la militancia comunista por la ecologista, los libros autobiográficos de Carlos Barral, quien ha publicado su primer libro en catalán con *Cataluña desde el mar*, y los libros de reflexión y de memorias de Salvador Pániker, editor y pensador, cuya personalidad ha sido coloreada por la influencia hindú de sus raíces familiares.

El teatro, que es a la vez creación literaria y arte espectacular, ha conocido un destino singular en Cataluña. A la aparatosa decadencia del teatro institucional y burgués muy visible a lo largo de las últimas décadas, correspondió como contrapunto una gran vitalidad creativa de grupos de teatro independientes y marginales, que dieron muestras de gran originalidad. El más conocido y publicitado de todos ellos fue el grupo Els Joglars, animado por Albert Boadella. Tras el incidente de *La torna*, que llevó a Boadella ante la justicia militar, la actividad del grupo ha sido intensa. En 1981 Boadella dirigió en el Teatre Lliure de Barcelona *Operación Ubú*, basado en el famoso personaje de Alfred Jarry y con un fuerte contenido satírico. Con posterioridad Els Joglars han escenificado la vistosa sátira sociológica *Olimpic Man Movement*, que se exhibió también en los Estados Unidos, la sátira religiosa *Teledium*, cuya presentación resultó conflictiva en algunas localidades, y la sátira psicoanalítica *Gabinete Libermann*. Pero Els Joglars no han constituido el único grupo independiente e innovador en el seno del teatro catalán y es aquí obligado mencionar los coloristas montajes del grupo Els Comediants, que han recuperado la tradición del teatro en la calle y entendido como fiesta lúdica, que exige la activa participación del público. Recordemos también el grupo Dagoll-Dagom, que basándose en cuentos de Pere Calders creó el espectáculo *Antaviana* y, sobre

todo, la excelente producción del Teatre Lliure, que ha abarcado desde Shakespeare hasta Pablo Neruda, pasando por Mozart. Fue precisamente en el seno de esta institución donde pudo efectuar muy creativas experiencias escénicas Fabià Puigserver, ya prestigiado internacionalmente desde la creación de su atrevida escenografía de lona para la versión de *Yerma* que protagonizó Nuria Espert en giras triunfales por todo el mundo. Pero los déficits económicos crónicos de muchos de estos grupos plantearon profundos debates públicos sobre la política de subvenciones oficiales al teatro. En el caso del Teatre Lliure, por ejemplo, la Generalidad, el Ayuntamiento y la Diputación de Barcelona contribuyen actualmente a su subvención con once millones de pesetas.

El teatro institucional gestionado desde la Generalidad llevó a cabo una política de prestigio con valores seguros (Shakespeare, Ibsen, Peter Weiss, Sagarra, etc.) y operaciones estelares, como la recuperación del actor Josep Maria Flotats, afincado en París, y que llevó a cabo espectáculos brillantes (*Una jornada particular*, *Cyrano de Bergerac*), o la contratación del director estadounidense John Strasberg para el montaje de la pieza *María Rosa*, de Guimerà. Esta política teatral proteccionista no pudo impedir, no obstante, la emigración definitiva o temporal de figuras clave del teatro catalán a Madrid, como la actriz Nuria Espert, o Lluís Pasqual, a quien se le confió la dirección del Centro Dramático Nacional, y Fabià Puigserver.

El vastísimo campo de las artes plásticas ofrece un panorama rico y complejo, debido en parte a la tradición histórica que Cataluña goza en estas actividades. El fallecimiento de Joan Miró dejó a Salvador Dalí como último gran superviviente de las vanguardias históricas de entreguerras, aunque los achaques de los últimos años han mermado considerablemente la capacidad productiva del maestro de Figueras. No obstante, en las generaciones posteriores figuran ya nombres muy bien implantados en el mercado internacional, con toda justicia. Figura en primer lugar Antoni Tàpies, quien en 1982 gozó del privilegio de una sala monográfica en la Bienal de Venecia, y quien rindiendo homenaje a un protagonista de aquella vanguardia de entreguerras a que antes hemos aludido, ha colaborado recientemente con ilustraciones a un libro de J. V. Foix. Tàpies formó parte del primer grupo vanguardista que en el campo de las artes plásticas se formó en Cataluña tras la guerra civil, con la denominación *Dau al Set* (1948). De este famoso grupo fundacional, algunos miem-

bros, colaboradores o satélites ya han fallecido (el gran dibujante Joan Ponç, el ensayista y crítico de arte A. Cirici), pero otros siguen en activo, como Modest Cuixart, atraído por las plasmaciones esotéricas y alambicadas, y J. J. Tharrats. A la misma generación pertenece August Puig, uno de los pioneros del informalismo, quien goza también de un amplio reconocimiento internacional.

En un registro muy diverso se ha desarrollado la obra personalísima de Guinovart, cuya emotividad y violencia telúrica ha encontrado en materiales a veces humildes un vehículo idóneo para sus potentes formas. En una línea afín se ha desarrollado también la producción de A. Cardona Torrandell. En un polo muy diverso, haciendo gala de una sensibilidad refinada y exquisita, se ha consolidado la personalidad de Albert Ràfols Casamada, a cuya generación pertenecen también los valiosos Maria Girona y Francesc Todó. A una generación posterior, cuyos orígenes se entroncaron con el pop-art, pertenecen los nombres de Arranz Bravo y de Bertolozzi, quienes durante años trabajaron juntos, de Silvia Gubern, de Zush (Albert Porta), de Angel Jové, de Antoni Miralda, inventor de los «alimentos coloreados», de Federico Amat, quien reside habitualmente en Nueva York, y de la ascendente figura de Miquel Barceló.

En el campo de la escultura, que también fue cultivada por la gran figura patriarcal de Joan Miró, es obligado recordar a Josep Maria Subirachs, quien ha llevado a cabo numerosos monumentos públicos para el municipio de Barcelona, a Joan Vila Grau, a Javier Corberó, quien también ha destacado en el diseño de joyas, a Moisés Villeda, autor de notables trabajos con bambú, y a Josep Ponsatí, autor de grandes formas inflables, que ha exhibido en Granollers, Benidorm, Cadaqués y Barcelona.

A las artes plásticas pertenece también la fotografía, un medio de expresión y de comunicación que goza de gran tradición y arraigo en Cataluña y que ha encontrado dos óptimos vehículos profesionales en los campos del periodismo gráfico y de la publicidad. Junto a la figura veterana y señera de Francesc Català Roca, han ido apareciendo profesionales tan relevantes como Oriol Maspons, Leopoldo Pomés, Xavier Miserachs, Colita, Pilar Aymerich, Toni Catany y Joan Fontcuberta, quien además de fotógrafo ha sido muy activo como ensayista y animador de esta especialidad. El conjunto de celebraciones que constituyeron la Primavera Fotográfica de 1982 ha iniciado una tradición esplén-

didada de exhibiciones, recuperación de clásicos, conferencias y debates sobre esta especialidad muy querida en Cataluña.

También la tradición arquitectónica catalana es muy potente y prestigiosa. Fallecidas las figuras magistrales de Josep Lluís Sert, a quien el exilio político le forzó a desarrollar buena parte de su carrera en los Estados Unidos influido por Le Corbusier, y luego de José Antonio Coderch, tributario de las lecciones de Frank Lloyd Wright, los profesionales veteranos de más prestigio en activo serían Josep María Sostres, que representaría también la herencia de Wright, mientras Antoni de Moragas se reconocería más bien como un seguidor de la línea de Alvar Aalto. La tradición racionalista y funcionalista procedente de la segunda República, por una parte, y la contestación imaginativa y lúdica que acabaría por plasmar en el movimiento de la posmodernidad arquitectónica, han constituido dos polos dialécticos muy activos y muy bien representados en Cataluña. A la primera tendencia cabría adscribir la fecunda obra teórica y práctica de Oriol Bohigas, quien ha dedicado los últimos años a dirigir los destinos del urbanismo en Barcelona desde su cargo oficial en el ayuntamiento de la ciudad. La tendencia hoy llamada posmoderna fue iniciada hace ya años entre nosotros con cierta provocación por Oscar Tusquets y Lluís Clotet, fundadores del Grupo Per, al que figuran asociados también Pep Bonet y Cristian Cirici. Del magisterio de Coderch derivó en cambio en línea directa la obra elegante e italianizante de Federico Correa, arquitecto y diseñador, con quien ha colaborado Alfonso Milá. Y un caso especialísimo, por su resonante proyección internacional, lo ha constituido Ricardo Bofill, quien instaló su famoso Taller de Arquitectura en su complejo Walden-7, ubicado en el emplazamiento de una fábrica abandonada en Sant Just Desvern, en las afueras de Barcelona. Personalidad audaz e imaginativa, extendió su campo de actividades a Chile, Argelia y París, en donde ha recibido encargos oficiales de gran envergadura.

Asociado a la arquitectura, el interiorismo ha sido estudiado y cultivado con constancia e inspiración en Cataluña. Desde hace casi treinta años, el interiorismo se estudia como disciplina (junto al diseño industrial y al grafismo) en las Escuelas Elisava y Eina, de Barcelona, escuelas privadas nacidas con cierta inspiración de la Bauhaus alemana. Puede decirse que el conjunto de las que bien podrían llamarse «industrias de la creatividad» (diseño, grafismo, moda, mobiliario, etc.), han tenido gran predicamento en Cata-

luña, desde dónde se han observado con atención las avanzadas experiencias llevadas a cabo en Milán en estos terrenos. Simplificando un poco las cosas, puede afirmarse que Barcelona ha sido, en efecto, el Milán estético y creativo de la península. Y en pleno *boom* lúdico-irónico del diseño, en la era de la posmodernidad, cuando el funcionalismo racionalista empezó a ser desbancado en parte por propuestas más imaginativas y divertidas, Correa pudo hablar con pertinencia de lo que llamó «disueño», en un retruécano muy expresivo. Las artes, nunca menores, del *environnement*, han ofrecido nombres mayores en Cataluña, como los grafistas Enric Satué y América Sánchez, de origen argentino. Esta atención preferente hacia las «industrias de la creatividad» tuvo su plasmación, en marzo de 1985, en la inauguración del Centro de Diseño Asistido por Ordenador, instalado en la Universidad Politécnica de Cataluña, con una inversión de 150 millones de pesetas. Este Centro está destinado a facilitar el uso del ordenador en las empresas dedicadas a la creatividad y ayudar a los profesionales del diseño y la ingeniería en estos campos.

En cierta medida emparentadas al diseño gráfico aparecen las actividades de los ilustradores y de los dibujantes de cómics. Es sabido que Barcelona ha configurado, con Milán y con París, el gran eje de la creación y de la industria del cómic europeo, ampliamente exportado a los mercados internacionales. La sólida estructura editorial barcelonesa ha constituido la eficaz plataforma industrial de este vistoso fenómeno, que requería un equipamiento técnico y empresarial suficiente para poder convertirse en realidad. La industria periodística, por una parte, proporcionó canales a dibujantes satíricos que pudieron cultivar el arte del chiste gráfico con incisividad, como Perich, Cesc (Francesc Vila) o la cáustica y feminista Nuria Pompeia. Pero también la tradición de edición de cómics que ya estaba consolidada en Barcelona en la anteguerra, facilitó el renacimiento verificado en los últimos tiempos, sobre todo tras la desaparición de la censura franquista. Destaca entre los dibujantes catalanes Enric Sió, que ha desarrollado parte de su carrera en Italia y en Francia y quien en 1985 ha lanzado su propia revista, titulada *La Oca*. Y junto a él hay que destacar a personalidades singulares, como José María Bea, o colectivos, como los de la iconoclasta revista *Víbora*, derivada de la tradición contracultural y en la que ha descollado la producción de Mariscal, o la revista *Cairo*, que bajo la dirección de Joan Navarro cultivó la estética de la denominada *línea clara*, polémicamente

opuesta a la tradición llamada *escultórica*, de inspiración fotográfica. Esta diversidad de tendencias tuvieron ocasión de confrontarse dialécticamente en el debate que suscitó la exposición de homenaje a *Tintin*, celebrada en la Fundación Miró en 1984. Entre los estudiosos e historiadores del cómic es menester recordar los nombres de Javier Coma y de Antonio Martín.

Arte industrial por antonomasia, el cine ha sufrido en Cataluña las consecuencias de la severa crisis económica y de la crisis general que azota a esta forma de espectáculo en todos los países de Europa Occidental, debido a la diversificación de las propuestas del ocio y en especial a la competencia de la televisión, medio audiovisual gratuito y domiciliario. El cine catalán cuenta con directores competentes, como Jaime Camino (*La vieja memoria*), Vicente Aranda (*Fanny Pelopaja*), Gonzalo Herralde (*Ultimas tardes con Teresa*), Antoni Ribas (*La ciudad quemada, Victoria*), Francesc Bellmunt (*Pan de ángel*), o Bigas Luna (*Bilbao, Reborn*), pero carece de una estructura industrial suficiente, al tiempo que la Generalidad prefiere orientar su atención y esfuerzos económicos en el campo audiovisual a la políticamente más rentable televisión autonómica, al popular canal TV-3. Pero paralelamente a la decadencia de la producción cinematográfica, las actividades videográficas proliferan con empuje, a veces de un modo un poco caótico, y Cataluña puede ofrecer ya en el campo de la imagen electrónica figuras consagradas internacionalmente, como Antoni Muntadas, que reside en los Estados Unidos.

La música, por último, ha gozado de especial atención y protección por parte de la burguesía catalana, una burguesía tradicionalmente melómana y wagneriana, e instituciones como el Gran Teatro del Liceo, consagrado a la ópera y al ballet, o el Palau de la Música Catalana, constituyen testimonios vivos de esta pujante actividad. Tras la figura señera y veterana del gran compositor y pianista Frederic Mompou han ido surgiendo nuevas generaciones de compositores, intérpretes y estudiosos de la música. Nombres como Xavier Montsalvatge o Manuel Valls Gorina ejemplifican esta tradición musical ortodoxa. A diferentes e incluso opuestas tendencias experimentales o vanguardistas pertenecen en cambio las personalidades de Carles Santos, quien ha residido durante años en Estados Unidos, Josep Maria Mestres Quadreny y Joan Guinjoan. Mientras que en el renglón estelar de los intérpretes operísticos universales es obligado citar a Montserrat Caballé, a Josep Carreras y a Victoria de los Angeles.